

lejas y Romanones, que no cerraron sus ojos a la existencia inevitable de una realidad social y política específicamente catalana, y con el grupo de intelectuales de la «generación de 1914», nacida en torno a la Liga de Educación Política y próxima al partido reformista de Melquíades Álvarez, que demostró tener la voluntad, inédita en Madrid, de comprender el catalanismo como única forma de superar los hábitos de la vieja política.

Puede hablarse también con toda propiedad de un catalanismo regeneracionista, crítico con el caciquismo, la oligarquía y los vicios y corrupciones electorales. Sin embargo, hay que tener en cuenta que términos como regeneracionista o reformista son lo suficientemente ambiguos como para poder aplicarlos a un buen número de políticos de la Restauración, que aunque atacaban con dureza e ironía al sistema de partidos, todos, o casi todos, catalanistas o antirregionalistas, liberales, conservadores, republicanos o militantes de la Lliga utilizaron los mismos o parecidos métodos de acción política.

Es muy interesante el capítulo dedicado a los proyectos de un Puerto Franco en Barcelona. Tanto para la patronal del Fomento del Trabajo Nacional como para los regionalistas catalanes, tras la pérdida de las colonias americanas en 1898, se hizo necesario reorientar y fomentar el comercio exterior evitando los cuantiosos gravámenes que imponía la política proteccionista de los sucesivos gobiernos centrales. Una medida importante era conseguir un puerto franco en Barcelona, como los había en Alemania, Francia, Italia, Dinamarca etc. y como recomendaba el Congreso Internacional del Comercio y la Industria celebrado en París en 1900. Agustí Colomines hace una descripción muy completa de la campaña promovida por el FTN y por la Lliga para la consecución de una zona de libre comercio en la Ciudad Condal, que promoviera la industria catalana, y analiza con detalle los debates parlamentarios sobre este proyecto, señalando las distintas estrategias económicas defendidas por catalanistas, de una parte, y por conservadores o liberales, de otra.

En resumen, un magnífico libro, lleno de sugerencias y perfectamente construido, fruto de una larga y costosa investigación en la que el autor ha utilizado numerosas fuentes históricas y una completísima bibliografía.

José María Marín Arce

BUSTURIA Daniel, dir. *Del reencuentro a la convergencia. Historia de las relaciones bilaterales hispano-francesas*, Madrid, Ciencias de la Dirección, S.A., 1994, prólogo de José Luis Leal.

En el ánimo de los promotores de esta obra colectiva —y en el de sus realizadores también— se alberga la firme voluntad de facilitar el entendimiento entre Francia y España. «Reencuentro» (la historia de los dos países) y «convergencia» (presente y futuro, es decir: política común) son los términos que, desde el título mismo que cobija estos estudios, reflejan aquel sentir compartido.

El texto, desigual en su estructura y elaboración —no obstante, siempre útil— consta de cinco partes. La primera («Relaciones históricas entre España y Francia») ha sido realizada, repartiéndose la larga cronología, por dos autores: Ricardo Miralles (que se ocupa del desarrollo de dichas relaciones entre la Edad moderna y el final del franquismo, y que realiza este largo recorrido de manera compacta y sistemática) y Paul Aubert (que toma el relevo desde la muerte de Franco hasta casi hoy mismo, optando a su vez más por la interpretación y el comentario crítico). En cualquiera de las dos perspectivas, hallará el lector aquí material abundante para la reflexión.

Una segunda parte del libro, la destinada a reflejar «Las relaciones hispano-francesas desde una perspectiva económica», corre a cargo de Daniel de Busturia, quien —arrancando de los años 60 y llegando igualmente hasta 1993— logra reforzar ese interés por el presente y su vertiente económica que se percibe bien a lo largo de todo este proyecto de edición. Esa conclusión de aliento práctico y actual hacia la que, desde bien pronto, se verá abocado quien se acerque a estas páginas, convencido ya a su vez presuntamente, de antemano, de que esa es la pura realidad: que los dos países son tan cercanos cuanto interdependientes, y que, de uno u otro lado, estamos condenados a entendernos. Una orientación latente en toda la obra, pero quizá asumida de un modo más voluntarista en la mayoría de los autores españoles que en los franceses.

Las «relaciones culturales» (parte III) han corrido a cargo de Joseph Pérez, que remonta el relato al primer contacto franco-español de trascendencia cultural, el Camino de Santiago; Pedro Crespo, que se ocupa del cine, y Pedro Sánchez Queirolo, que realiza un recorrido general por la década de 1983/1993 —«el rescubrimiento»— y se detiene en las actividades habidas en el marco del acuerdo cultural firmado en 1969, que funciona satisfactoriamente entre los dos países, sin necesidad de haber sido revisado desde entonces —al parecer por haberse considerado innecesario por las autoridades de ambas partes suprimir cierta retórica de sabor franquista (circunstancia que no deja de sorprender, y así lo indica, al autor del texto).

Un largo apunte sociológico (la imagen recíproca y su evolución, comparando encuestas de 1985/86 y 1993) es presentado en la parte IV, a cargo de Rosario Frías y Alicia E. Kaufmann, que concluyen la sustancial mejora de las percepciones colectivas, en ambas direcciones, a lo largo de estos últimos años, situación en buena parte atribuible a razones culturales. Para terminar, en la V y última parte de esta obra (titulada «Perspectivas de futuro») se reúnen y editan cinco textos breves, de muy distinta entidad y autoría, no todos los cuales se refieren exclusivamente a las relaciones bilaterales España-Francia, como el resto del volumen. De algunos de ellos tomaremos después algún elemento para este mismo comentario. Antes, sin embargo, quiero establecer unas breves consideraciones con carácter general.

El lector que se asome a estas páginas se encontrará, sin duda, con textos y materiales muy útiles para un acercamiento rápido a una realidad compleja, muy cambiante en el tiempo y —siempre— extremadamente decisoria para la evolución general de nuestro país, tanto en lo que se refiere a aspectos internos como a

su política exterior. Sin embargo, sentado esto que es obvio, es claro también que el interés mutuo en la edad contemporánea, más aun todavía antes del ingreso de España en la CEE, iba a resultar desigual. Si, ya ensayado el proceso de democratización, España confiará en la mediación francesa para el acercamiento a Europa tanto como para la resolución del problema terrorista planteado por ETA, Francia en cambio no esperaría nunca a su vez de España algo siquiera parecido, ni en trascendencia ni en rentabilidad.

Del momento crucial para que se planteara esto último no hace ahora más que quince años, cuando tras las primeras euforias de una parte (y las decepciones de otra) se sucedieron los recelos económicos y, sobre todo, se disparó la beligerante enemistad de los agricultores franceses. La búsqueda (inevitable) de una política exterior para la joven democracia española hará que, a la altura de finales de los 70, el camino hacia Europa haya de pasar, necesaria —y no sólo geográficamente—, por Francia. Son circunstancias todas ellas que, en conjunto, han ido trazando desde entonces una relación ciertamente más sólida, basada en nuevas perspectivas (la integración europea, la inmigración mahgrebí a Europa contenida por y desde España —el texto de P. Balta que aquí se incluye habla, entre otras cosas, también de aquélla—, las inversiones de capital respectivas, a un lado y otro de los Pirineos o el renovado interés del público culto francés por el arte español y, algo quizá, la literatura, por un momento el cine...). Una relación en definitiva más acorde con el deseable trato tendente a la igualdad.

Cabría preguntarse, sin embargo, si el enfoque bilateral dado a esta obra (y desde luego tan legítimo como oportuno, si de celebrar la marcha hacia la solidez e intensidad en las relaciones de amistad e interés mutuo se trataba), basta (o puede bastar) tanto a historiadores como a cualquier otro tipo de analistas, para recuperar del todo, correctamente, los elementos clave de la difícilísima inserción española en el marco global de los procesos de modernización en Europa. «Salir del Sur» no es fácil, como se está mostrando mismamente ahora. Los acontecimientos sucedidos en Europa en los últimos cinco años, los procesos de transformación abiertos, han transtornado profundamente muchas cosas, y ni siquiera podemos entrever la mayoría de las que habrán de ser, a buen seguro, sus imprevisibles consecuencias. La posición internacional de España ha decaído enteros, visiblemente, en los últimos tiempos, y las ayudas exteriores solicitadas (y esperadas) en momentos concretos —la marcha conflictiva hacia la Europa de los Doce, por poner un caso de reciente actualidad— se han echado a faltar.

Sin que esto signifique por mi parte pretender empañar el optimismo que muchas de estas páginas rezuman, permítaseme terminar este incompleto comentario recogiendo palabras de otro de los artículos incluidos en la parte final de esta obra colectiva, el que —con el título de «El baile diplomático»— corresponde a la autoría del periodista T. Maliniak. «A pesar de todo —dice quien fuera durante más de diez años, cruciales años, corresponsal de *Le Monde* en Madrid—, ¿logrará España recordar a Francia que sigue siendo un socio que hay que tomar en consideración en el seno del concierto europeo? Este es hoy

el gran desafío de las relaciones entre París y Madrid» (p. 419). Posiblemente, la muy deseable respuesta afirmativa exigirá, una vez más a lo largo de la común historia, un esfuerzo suplementario por parte de Madrid. Repasar detenidamente elementos que en este libro se contienen ayudará eficazmente al lector, a buen seguro, a opinar al respecto.

Elena Hernández Sandoica

RAGUER, Hilari: *Salvador Rial, Vicari del Cardenal de la Pau*. Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1993, 330 pp.

La recuperación del género biográfico es una de las características de los nuevos caminos recorridos por la historiografía en los últimos años. Una biografía no cerrada en sí misma, sino relacionada con otros muchos factores, puede ser de una gran utilidad para comprender mejor la historia contemporánea. Y esto —como explica el autor en la introducción de este libro— es aplicable no sólo a las biografías de grandes personajes, sino también a los que podemos denominar actores secundarios en el *casting* de la edad contemporánea.

Este es el caso de la biografía de Salvador Rial, Vicario General del Cardenal Arzobispo de Tarragona, Vidal y Barraquer, entre 1937 y 1943, escrita por Hilari Raguer. El autor ya había dado muestra de un excelente buen hacer histórico en otras obras sobre la Iglesia y la Guerra Civil española o sobre el partido demócrata-cristiano catalán Unió Democràtica de Catalunya. En este libro, Raguer parte de fuentes inéditas de gran interés (en gran parte reproducidas en un amplísimo e interesante Apéndice Documental), entre las que destacan el fondo Rial del Archivo Eclesiástico de Tarragona y diversos archivos diplomáticos, a los que hay que añadir la constante utilización de fuentes orales de primera mano.

Como indica el título del libro, no estamos ante un biografía completa de Salvador Rial, sino ante un estudio de su trayectoria durante su mandato como Vicario General de la Archidiócesis de Tarragona, con Vidal y Barraquer en el exilio. Así, tras una breve aproximación a sus antecedentes familiares y personales, el segundo capítulo del libro nos muestra ya a Rial en los inicios de la Guerra Civil, comenzando con los once meses de prisión sufridos en diversos centros penitenciarios catalanes, entre agosto de 1936 y junio de 1937, coincidiendo con los momentos más duros de la persecución religiosa en la Cataluña republicana. Desde mayo de 1937, la entrada de Manuel de Irujo en el Ministerio de Justicia del Gobierno Negrín propició una etapa en que la situación religiosa, sin llegar ni mucho menos a normalizarse completamente, abandonó la virulencia de los primeros meses de la Guerra.

A partir de su puesta en libertad, Rial (nombrado Vicario General en julio de 1937) se dedicó a ejercer su ministerio pastoral en la diócesis, a pesar de las constantes dificultades que tuvo que sortear. Ante el lector van apareciendo y